

# Letras de Molde

R-3298

ANO I	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Madrid: Trimestre: 1,25 pesetas. Año, 4,50 id.—Provincias y Portugal: Trimestre, 1,50 pesetas. Año, 5,50 id.—Extranjero: Semestre, 5 francos. Año, 10 id.	MADRID Lunes 19 de Febrero de 1900.	Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18. TELÉFONO, 558. Número suelo, 10 céntimos.	NÚM. 6
-------	-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----------------------------------------	-------------------------------------------------------------------------------------------------	--------

## COLABORADORES

Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Francisco A. de Icaza, Leopoldo Alas (*Clarín*), Santiago Alba, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, (*El Diablo Cojuelo*), Vital Aza, Víctor Balaguer, Jacinto Benavente, Eusebio Blasco, Vicente Blasco Ibáñez, Javier de Burgos, José Canalejas, Antonio Casero, Juan Antonio Cavestany, Mariano de Cavia, Sinesio Delgado, Joaquín Dicenta, José Echegaray, Emilio Ferrari, José Francos Rodríguez, Luis Gabaldón, Eloy García de Quevedo, Constantino Gil, Ricardo Gil, José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*), Vicenté Lampérez, Alejandro Larrubiera, José de Laugi, Luis López-Ballesteros, José López Silva, Tomás Lucero, Manuel Manrique de Lara, Vicente Medina, Miguel Moya, Federico Oliver, José Ortega y Gasset, Manuel del Palacio, Ceferino Palencia, Antonio Palomero, José María de Pereda, Felipe Pérez y González, Jacinto O. Picón, José Ponsá, Miguel Ramos Carrión, Arturo Reyes, José Rodríguez Mourelo, Santiago Rusiñol, Pedro Sabau, Alejandro Saint-Aubin, Rafael Salillas, Antonio Sánchez Pérez, Manuel de Sandoval, Francisco Seo de Lucena, Eugenio Sellés, Fernando Soldevilla, Rodrigo Soriano, Luis Taboada, Luis Terán, Doctor Thebusen, Manuel Tolosa Latour (*Doctor Faustos*), Mariano de Val, Juan Valera, Enrique y Ricardo de la Vega, José Verdes Montenegro.

## La dama de las tormentas.

Hallándome cierta noche en el escenario de un recuerdo que teatro con un amigo mío, noté que éste se había quedado solo unos cuantos pasos atrás, mirando con gran curiosidad hacia lo alto.

—¿Qué miras?—le pregunté.  
—Es esa la caja de truenos?  
—Sí.  
—¿Y cómo es por dentro?

Tuve que hacerle completa descripción del artefacto.

—*Ves, le dije, esos cuatro tablones que, unidos por sus aristas longitudinales, forman uno a modo de cajón estrecho, muy estrecho, largo, tan largo que llega casi desde el telar hasta el foso? Pues bien, las paredes internas de ese cajón están guarnecidas de gruesos tarugos desiguales, salientes y fuertemente sujetos. Arriba, junto a la parte superior del trasto, hay un depósito de piedras pesadas y angulosas de distintos tamaños: cuando en el drama ó la comedia es preciso fingir la tronada, el encargado del papel de Júpiter invisible suelta el contenido del recipiente en la boca del cajón y caen por su interior con horrible estrépito las piedras, tropezando en los tarugos escalonados hasta llegar al foso, donde, disminuyendo el ruido por la profundidad, se hace tan temeroso y espantable que imita con pasmosa fidelidad el verdadero trueno, cuyos ecos ruedan de monte en monte repercutiendo en las concavidades de la sierra.*

—No sabes qué deseos tenía de ver un chisme de estos.

—¿Por qué?  
—No tengo inconveniente en revelarte el origen de esa curiosidad, y quizá te sirva para un cuento.

Cenamos juntos, y de sobremesa hablé de este modo:

«Una mujer joven, viuda, guapa y muy rica, a quien por discreción llamaré Clarisa, nos convidó en cierta ocasión a varios de sus contentillos a pasar unos días en un monte que posee cerca de Madrid. A la hora convenida acudimos a la estación; éramos un general de la reserva, un pintor con primera medalla del año 60, un agente de Bolsa que operó por cuenta de Salamanca, un político que había conspirado con Olózaga, y yo, el más joven, mejor dicho, el único joven. Poco después llegó Clarisa vestida con sencillo primor y acompañada de su tía y dos doncellas; subimos a un coche-salón que nos estaba reservado, y partió el tren. Para abreviar, no entro en detalles respecto de cómo era la finca, en los límites de la cual fuimos recibidos por el administrador, guardas, mozos y gañanes. Baste decir que la casa es magnífica: delante de la fachada principal tiene un gran jardín a la francesa, y a la parte de atrás huertas y corrales. Contrasta con lo salvaje de la campiña, el sinnúmero de comodidades que se disfrutan en la casa; no te hablaré del lujo severo, artísticamente modesto, con que está alhajada; lo esencial a mi relato es que hay allí un precioso teatrillo, construido en tiempo de Carlos IV por una comica querida de Godoy, la cual no perdió nunca la afición a las tablas, y se deleitó en seguir representando, para divertimento de su casi real amante y de unos cuantos amigos. Lo cierto es que hay teatro, y que Clarisa, cuya afición a las comedias raya en delirio, lo ha reformado, gastando mucho; de suerte que en pequeño es tan completo como el mejor de Madrid: en su escenario, reconstruido hace pocos años, pueden colgarse seis ó ocho decoraciones; tiene escotillones; hasta su magnífica caja de truenos; nada le falta; como que allí se han hecho *Don Alvaro* y *El puñal del goda*, obras de las cuales recordará que una empieza y otra concluye con tormentas espantables. Se me olvidaba decirte, para que comprendas bien todo lo que sigue, que las habitaciones destinadas a los convidados ocupan el piso principal, y que las de Clarisa están en la planta baja, cerca del teatro, y con ventanas y puertas al jardín.

A las pocas horas de haber llegado me hice cargo de que mi situación allí iba a ser difícilísima. El ge-

neral, el agente de bolsa, el pintor y el político se pasaban toda la mañana cazando; después del almuerzo, al medio día, charlaban de sobremesa un rato con Clarisa; y la acompañaban en un corto paseo, pero a las cuatro se ponían a jugar al tresillo y ya no había que contar con ellos; jugando estaban hasta la hora de comer, y a su tresillo se volvían en cuanto tomaban café y encendían el puro, porque aquella amabilísima señora les dejaba hacer su voluntad. La tía de Clarisa no merecía especial mención: también era gran tresillista, y cuando no jugaba se quedaba dormida.

Resultado de todo esto: que como yo no cazo ni me gustan los naipes, a todas horas estaba charlando con la encantadora Clarisa: por la mañana, mientras aquellos buenos señores andaban persiguiendo conejos y perdices, desde que ella salía al jardín hasta la hora del almuerzo; y por la tarde, desde que se ponían al tresillo hasta que, poco antes de comer, se metía en su cuarto para componerse y adornarse. ¿Concibes posición más delicada?

Clarisa tenía treinta años; la edad en que la mujer es más dulcemente peligrosa para el prójimo, y para sí misma. Era de mediana estatura, pero muy esbelta; rubia con ojos y pelo negros, combinación entre celestial y diabólica; muy lista; de lenguaje algo vivo y picarresco; con ese cosparpajo de madrileña fina que sostiene hábilmente los diálogos escabrosos; disimulada y maliciosa; sutil en la argumentación; amiga de oírse decir cosas bonitas; aficionadísima a turbar y desconcertar a quien hablaba con ella, mas todo esto contenido, moderado y aun me atreveré a decir aparentemente dignificado, por ese pudor lleno de sabiduría que tan bien sienta a una viuda decente. No sirve la palabra coqueta para aplicada a mujer así: su ligereza se trocaba en severidad cuando menos lo esperabas; creías que te escuchaba en serio, y contestaba irónicamente; era un enigma, mejor dicho, un abismo que atraía, pero al cual no te podías arrojar, porque sus bordes estaban llenos por unas partes de punzantes espinas que estorbaban la aproximación, y por otras de flores delicadas cuyos perfumes embargaban los sentidos. Yo soy corto de genio: comprendes lo que sufriría? ¿Podía, sin menoscabo y con ofensa de la hospitalidad, enamorar a Clarisa? Primero me pareció que esto hubiera sido abusar de las circunstancias. Y al mismo tiempo me asaltaba la idea de que no pronunciara palabra ni ejecutara acto que demostrase admiración de su hermosura, era prueba de ignorancia, de mal gusto y hasta de desprecio.

A pesar de mi timidez, también me mortificaba la ausencia de rival a quien vencer, exponiéndome a ser triunfador a falta de otro pretendiente; más ayudado por el hastío de la verdad que por mi propio esfuerzo. Finalmente, se me hacía intolerable sentar plaza de tonto, y tontería de marca mayor era vivir junto a una mujer codiciable y libre de amantarse sin pretender serlo suyo. Todas estas cavilaciones, salpimentadas con la presencia constante y turbadora de Clarisa, poblaron de dudas mi pensamiento. Ríete de cuanto ha dado que discurrir a los filósofos si la inteligencia es una facultad inorgánica y objetiva, como dicen unos, ó si es un producto fisiológico que se consume en el mismo instante que se produce, como sostienen otros; ríete de los sistemas ideados para explicar la unión del alma con el cuerpo: todas estas son zarandajas y majaderías en comparación del problema que las circunstancias me habían planteado para que yo lo resolviese. Porque, la verdad, mientras uno está solo y de mal humor, puede dedicarse, como el Príncipe Hamlet, a desentrañar si conviene *ser ó no ser*; pero cuando uno pasa ocho ó diez horas al día mano a mano con una mujer como aquella, el verdadero problema es *atreverse ó no atreverse*.

Transcurrieron algunos días desde nuestra salida de Madrid. El tiempo era tan hermoso, que Clarisa dispuso que no volviésemos hasta que no lloviese ó hiciera frío. Entretanto, me observaba, al parecer sin sorpresa ó enojo de que no la galantease, pero con muestras de indudable agrado, porque me quedase a hacerle compañía en vez de ir a cazar ó sentarme a jugar al tresillo; y apenas mis frases tomaban el más leve tinte de elogio a sus encantos, sonreía de un modo enigmático que me dejaba acobardado y perplejo. Su mirada entonces parecía atraerme, pero sus labios se plegaban desdenosamente. ¿A quién hacer caso cuando los ojos dicen *ven* y la boca *estése usted quieto*?

La comida excelente, el aire del campo, el ejercicio, y, sobre todo, la proximidad constante de la belleza en su manifestación más espléndida, determinaron en mí un estado físico y moral imposible de definir y menos aún de soportar. Juntamente me sentía capaz de realizar grandes empresas y medroso para intentarlas, sin que me cupiese duda de que Clarisa lo había adivinado todo. Por fortuna, vino en mi auxilio la Naturaleza, que, como los autores dramáticos, precipita los acontecimientos cuando quiere.

Una tarde de calor bochornoso, después de almorzar, el pintor, el político, el general y el bolsista, en vez de ponerse a jugar, decidieron dormir la siesta, subiéndose cada cual a su cuarto. Clarisa y yo quedamos tomando café en el jardín, bajo un pequeño cenador por entre cuyos varasetos trepaban ramas de jazmines y клематидas con tal profusión de flores, que a trechos parecían los verdes tallos estar cubiertos de nieve. Llevaba la dama un trajeillo muy ligero; gracias a lo fino de la tela, su hermoso cuerpo se dibujaba sin gran detrimento de la honestidad, pero lo bastante para que pudiera apreciarse esa armonía de líneas que forma el himno más elocuente a la bondad del Creador; el cuello bajo, sin cintas ni lazos, y las mangas cortas, descubrían blancuras más gratas a la vista que las de las flores del cenador; finalmente, tenía puesto un caprichoso y gran sombrero de paja con largas cintas, que envolvían-dole el rostro en cierta misteriosa penumbra, realzaba el brillo de sus ojos. Yo la contemplaba procurando aparecer natural y tranquilo; pero de cuando en cuando sentía que, aun contra mi voluntad, mis miradas se quedaban fijas en ella, ya con la estupi-

dez del embobamiento, ya con el desearo de la codicia.

Clarisa, comprendiendo que la situación no era para prolongada, dijo levantándose de pronto: «Acabe usted de tomar café y vamos al *partirre*: quiero coger yo misma las flores para la mesa.»—Eché a andar, la seguí, llegamos al jardín y comencé a cortar rosas: me las daba y yo las iba colocando cuidadosamente en su gran sombrero de paja, que se había quitado confiádomelo para que sujeto por las cintas lo utilizase a modo de canastillo.

En esta poética operación estábamos entretenidos cuando empezó a soplar un airecillo que de pronto se hizo viento impetuoso: las ramas de los árboles se movieron sacudidas con fuerza y el cielo se encapotó repentinamente de nubes plomizas: comenzaron a caer enormes gotas y sonó un trueno. Clarisa, mirándome espantada, gritó: «¡A casa, a casa!» El viento arrojaba con tremenda furia, se oía el crujir de los pinos retorcidos por el vendabal, las gallinas corrían a recogerse en el corralizo, las palomas volaban en bandadas hacia los tejados: de pronto brilló un relámpago y retumbó un segundo trueno, pero formidable, aterrador.

Entonces Clarisa corrió como una niña: la alcancé, hice que se apoyara en mi brazo, y me dijo: «Usted no sabe el miedo que me da esto... es superior a toda ponderación... cuanto diga es poco... me pongo que no se lo que me hago». Cuando estábamos ya cerca de la casa, los relámpagos eran tan frecuentes que la atmósfera parecía incendiada; los truenos ponían espanto. Clarisa se me agarró medio convulsa de terror. Entramos a la casa por una puerta de servicio. Sin soltarme, cada instante mas aferrada a mí, me hizo cruzar el vestíbulo, atravesar el billar y otro salón, hasta que de pronto, como si nos hubieran llevado en volandas, me hallé solo con ella en un gabinete más allá del cual se veían los cortinajes de su dormitorio. Los truenos y relámpagos parecían anunciar el fin del mundo. Entonces, con voz suplicante, me dijo: «Por Dios, no me deje usted sola! ¡sola no! ¡sola no!» Anadiendo: «¡Cierre usted esas ventanas, maderas y todo!» Obedecí cerrando las dos grandes ventanas que daban al jardín; una corriente de aire cerró de golpe también la puerta, y quedamos en oscuridad completa. Por dicha mía, la fulguración de un relámpago me permitió ver a Clarisa que se había tirado sobre un sofá. Me acerqué a tientas: de pronto se me enredaron los pies en unos almohadones que estaban en el suelo y caí de bruces quedando arrodillado; extendí las manos: una tropezó con algo fino y sedoso que fácilmente cedía a la presión: era el pelo de Clarisa; la otra palpó la morbida suavidad de un brazo... La tormenta duró toda la tarde: al anochecer aún se oía el fragor de los truenos, que se alejaban con ruido solo comparable al que produce mucha artillería rodando por calles mal empedradas. «Ya podemos abrir»—dijo Clarisa.

El sol se había puesto, las nubes huían desbaratadas por el viento, y en el firmamento comenzaban a lucir las estrellas. En los ojos de Clarisa brillaba también algo que parecía divino: quizá fuese el reflejo de mi felicidad. No me dejó salir por la puerta que daba a los salones, sino por otra de escape contigua a la habitación de las doncellas. Nadie se enteró de por dónde subí a mi cuarto. Al verme solo experimenté cierta laxitud, efecto sin duda de la pasada tensión de espíritu y de la atmósfera cargadísima de electricidad que acababa de respirar. Pero ni el caballero Florambel al separarse de Groselinda, ni Leandro al apartarse de la hermosa Cupidea, ni el propio Amadís recién favorecido de Oriana pudieron considerarse tan venturosos.

Una hora después Clarisa se presentó en el comedor más bonita que nunca. Por las ventanas que daban al jardín venía el aire impregnado de aromas: la noche estaba hermosísima: ni en el cielo ni en el rostro de la mujer había dejado huella la tormenta.

Lo que me sorprendió fué la serenidad, la imperturbabilidad absoluta de Clarisa: con los demás convidados estuvo burlona y cariñosa: para mí, ni una mirada, ni un rozamiento al tropezarnos para sentarnos a la mesa, ni una frase, ni una alusión que implicase recuerdo de lo sucedido. Se habló de la tempestad y dijo secamente: «He pasado un rato espantoso.» Me quedé atónito y la miré casi con descaoro. Entonces clavé en mí los ojos con tan glacial indiferencia que me pareció haber soñado. Al concluir de comer intenté tres ó cuatro veces acercarme a ella y lo esquivó bruscamente. Para fingimiento y precaución era demasiado. Por fuerza tenía que ser enojo. Entonces me incliné a pensar que acaso había yo cometido un atropello inculcable, odiosa mezcla de astucia y violencia, aprovechando el pavor de la pobre mujer. Clarisa, temerosa del escándalo, enmudecía pero no perdonaba. Mas ¿cómo iba yo a persuadirme de esto cuando todavía resonaban en mis oídos las frases tiernísimas que, aun dichas con voz queda y contenida, habían sofocado en mis oídos el estupendo fragor de la tormenta? Al fin sospeché que tal vez el trastorno atmosférico determinase en Clarisa un estado nervioso, el cual, suspendiendo el imperio de la voluntad, dejase su organismo entregado al alboroto de los sentidos.

Aoogi un momento la idea de inventar un pretexto y marcharme a la mañana siguiente; pero comprendiendo que lo repentino de la partida podía despertar sospechas, opté por no irme y variar de conducta: nada de permanecer a su lado mientras los otros se fueran escopeta al hombro, ni quedarme con ella cuando se pusiesen a jugar al tresillo; por las mañanas partiría con los cazadores; por las tardes me iría de paseo. Así lo hice cuatro días, durante los cuales procuré representar sólo para Clarisa el papel de hombre ayer gozando y corrido que huye la ira de la mujer ultrajada.

Grande fué mi sorpresa al observar que aumentó su enfado. Cuando estaba segura de que nadie podía notarlos, sus ojos se fijaban rápidamente en mí y resplandecía en ellos una llamarada de furor. Hasta se me figuró que buscaba ocasiones en que acercarse, pero yo hice prodigios de cobarde habilidad para evitarlo. Por fin, el quinto día, al bajar

a la hora del almuerzo, procurando no ser de los primeros y hallarla acompañada, me la encontré en el vestíbulo haciendo que inspeccionaba las plantas que adornaban el arranque de la escalera. Miró en torno con cautela, y, casi sin mover los labios, me dijo: «A las cinco y media, esta tarde, por la puertecilla del otro día.»

¡Había llegado el momento terrible de la expiación y la vergüenza! Pero no había más remedio que ir.

Durante el almuerzo, Clarisa aconsejó a los cazadores que se dejaran de tresillo, y aprovechando lo apacible del tiempo, fueran por la tarde al encinar, donde había liebres. Luego, diciendo que debía arreglar cuentas con el administrador, se retiró a sus habitaciones. Fuese discreción ó indiferencia, a nadie se le ocurrió preguntarme lo que yo haría. Subí a mi cuarto y esperé. A las tres y pico oí marcharse a los cazadores; a las cinco y media en punto bajé al jardín. Hacía una tarde magnífica, y en el azul purísimo del cielo no se divisaba una sola nube; di vuelta a la casa y encontré la puertecilla entornada; crucé al entrar los mismos aposentos que para salir había pisado el día de la tormenta, y llegué al gabinete. Mucho me sorprendió que estuviese casi a oscuras; una de las dos ventanas completamente cerrada, la otra muy entornada, dejando sólo entre las hojas de las maderas una abertura de apenas un palmo: aprovechando la claridad que por allí penetraba, Clarisa leía sentada en una enorme butaca. «Arreglo esto así—dijo al verme,—porque en estos huecos da el sol hasta que se quita, y hace mucho calor.» No dejó de chocarme la precaución, porque el día era templado, pero atento a cosa más importante, me arrodillé a los pies de la dama, y cogiéndole una mano comencé a hacerle protestas de respeto, de arrepentimiento por lo pasado, y sobre todo de amor, procurando dar a mis palabras esa mezcla de sinceridad y vehemencia que suele producir excelentes resultados; unas veces porque se nos cree, y otras porque se finge creernos. Pronto vi que ni Clarisa me miraba airada, ni fruncía el lindo entrecejo, ni siquiera retiraba su mano de entre las mías. Más de un cuarto de hora llevábamos, yo derrochando elocuencia y ella contemplándome en indulgente silencio, cuando de improviso, sin venir precedido de relámpago, sonó un trueno no corto y bastante fuerte; ruidoso, pero no de los que intimidan. Por un movimiento involuntario solté la mano de Clarisa; ésta entonces se levantó rápidamente, cerró las maderas de la ventana que estaban entornadas, y al quedar la habitación en tinieblas, dijo con voz medrosa, que se me antojó algo burlona: «¡La tormenta, la tormenta!» Sin gran esfuerzo conseguí que el terror no se apoderara de ella, y murmuré en sus oídos tesoros de apasionada ternura que la hicieron temblar, no de espanto, sino de amor. Nos separamos a la misma hora que el día de la tempestad grande.

Al cruzar el trozo de jardín que era preciso recorrer para subir a mi cuarto, observé que el cielo estaba completamente raso, sin una sola nube, ni el más ligero indicio de que las hubiese habido; y encontrándome con un criado, por uno de esos impulsos que no se razonan, pero que obedecen a un estado del espíritu, le dije: «Hoy ha sido corta la tormenta; no ha tronado más que una vez.»—«No, señorito, si no ha tronado.»—«Hombre, ¿qué me vas a negar si lo he oído yo?»—«¿Qué?—repuso sonriendo estúpidamente, como quien le tiene a uno por tonto,—ha sido que la señora, no sé por qué capricho, me había mandado que a las seis en punto, sin falta, descargase la caja de truenos del teatro.»

JACINTO OCTAVIO PICÓN

## EN EL SEPULCRO DE UNA NIÑA

Lágrimas con las peñas que la autora  
Sobre su tumba vierte:  
Céfiro gime y por su muerte llora,  
por su temprana muerte.  
De Dios querida, a Dios tendió su vuelo.  
No se nubló la pura  
Luz de su alma. No tocó en el suelo  
Su limpia vestidura.  
En el suelo la mística paloma  
Amidarse no quiso;  
Ni abrir el cáliz, ni exhalar su aroma  
La flor del Sarciso.

JUAN VALERA  
De la Real Academia Española.

## RECUERDOS JUVENILES

## Cómo conocí a Camp de Padrós.

Cierta noche del mes de Diciembre de 1871, mi primo Millán Astray fué a buscarme a la casa de huéspedes en que yo vivía, para que le acompañara al teatro de la Zarzuela. Habíanle proporcionado dos butacas en no recuerdo qué periódico, y quiso compartir conmigo la diversión.

Al salir del teatro sentimos la necesidad de tomar un refrigerio y nos encaminamos a la calle del Caballero de Gracia, donde el día anterior se había abierto al público una chocolatería catalana. En ella daban por un real una jicara de cierto cocimiento color de ladrillo, á que llamaba su inventor chocolate económico.